TEMPOS NOVOS

Traducción

Inma López Silva *Tempos novos*, 84 (abril 2006)

La isla fascinante de Ana Vallés

Isla Reunión es el espectáculo con que Ana Vallés entra por la puerta grande en el Centro Dramático Galego. La directora, ya consolidada como una de las creadoras más interesantes del panorama teatral gallego y peninsular, mostró un espectáculo sugerente, plástico y arriesgado. *Isla Reunión* deconstruye el argumento, de manera que no puede ser leído a través de las convenciones habituales ni a través de la noción tradicional de relato. Se trata de una obra que transmite sensaciones plásticas, jugando a planear en la leve frontera entre las diferentes artes: el teatro, la danza, la pintura, las variedades, la música, la improvisación o la propia realidad. De la misma forma, el espacio escénico parece quedar pequeño y por eso es un espectáculo absolutamente desbordante. Todo el teatro es zona de representación, área desde la cual romper con la posición tradicional de los espectadores y de los actores, con un ritmo y un uso del tiempo que nos hace dudar de la diferencia (teóricamente actual) entre tiempo real y tiempo vivido, tiempo de la representación y tiempo del teatro.

Los actores están obligados en este espectáculo a demostrar hasta las últimas consecuencias que son verdaderamente polifacéticos. Son actores pero también bailarines y músicos que a veces se nos muestran con su lado real, su yo ciudadano con nombre propio que deja de serlo sólo por subir a un escenario y experimentar sobre si mismo ese pacto que nos lleva a los espectadores a maltratar la personalidad de los actores solamente porque suponemos que en las tablas hay ficción.

Vallés recrea así la que seguramente es una de las formas más aceptables de la locura. Más allá de eso se trata, seguramente, de un extremo de ruptura de la cuarta pared, o del teatro entero.

Sorprende un Xan Cejudo que muestra que también es integrable en el teatro diverso de Ana Vallés; y no defraudan, sin duda, aquellos que ya nos han acostumbrado a este tipo de trabajos, como Roberto Leal o Sergio Zearreta. El mejor momento es el solo de danza sobre percusión y aparato lumínico en movimiento de Matxalen Bilbao. E insisto, como ya he hecho después de ver *Jean Paul*, en que Borja Fernández es un valor en alza en nuestro teatro, así como Marta Pazos, la joven actriz que protagonizaba con él *Sidecar*. Otro de los aciertos del espectáculo es la presencia de músicos en escena, que contribuyen a la dosificación del ritmo y a la integración de todas las artes a través de la alternancia de fórmulas escénicas. Me quedo con la *Marcha do Antigo Reino de Galiza* que de himno nupcial pasa a ser música procesional o funeral, en una interpretación muy propia de Vallés de elementos investigados por Kantor.

En *Isla Reunión*, Ana Vallés mezcla géneros y diferentes modalidades textuales, en una línea muy propia de sus anteriores espectáculos con Matarile en la que siempre subyace una reflexión sobre la vida, el teatro e incluso la tragedia. Por ahí andan, también, la reflexión sobre la soledad, sobre la alegría, la condición del actor, o la relación entre teatro y vida desde una perspectiva que insiste en lo que tiene de absurdo y de casual el simple hecho de respirar a diario. Ana Vallés reformula tópicos, avanzando hacia delante en su propia trayectoria estética, siempre con un poso de lirismo y, sobre todo, con la ironía contenida por encontrarse inmersa en el pozo inevitable de la tragedia. Es una forma inteligente de interpretar la vida como mejor saben estas personas: a través del teatro.

Pié de foto:
Se trata de una obra que transmite sensaciones plásticas, jugando a planear en la leve frontera entre la diferentes artes: el teatro, la danza, la pintura, las variedades, la música, la improvisación o la propia realidad.

RGT
revistagalegadeteatro

Traducción

El placer inexplicable del arte

Por I. L.

Revista Galega de Teatro, 46 (primavera 2006)

Isla Reunión llevaba ya detrás una gran expectación. En primer lugar, porque se trataba del primer montaje del CDG renovado, que parecía, como todo acto fundacional (en la historia del teatro gallego ya estamos acostumbrados a los actos fundacionales), mostrarse simbólicamente como tabla de mandamientos de la nueva directiva. En segundo lugar (para mí esencial), porque se trataba del primer trabajo de Ana Vallés para la compañía pública, y el teatro de Ana Vallés al frente de Matarile, ya se sabe, no es ni clásico ni convencional. Las directoras, la del espectáculo y la del CDG, respondieron así, por la vía práctica, a una pregunta que me formulo desde hace algún tiempo: ¿es obligación de una compañía pública apostar por las fórmulas estéticas más arriesgadas e invertir en innovación, asumiendo lo que a menudo temen las compañías que viven de la rentabilidad del público? *Isla Reunión* demuestra que sí, como ya la había demostrado la compañía Matarile que, sin miedo, optó siempre en su trayectoria por un teatro fronterizo que mantuvo una línea estética homogénea a lo largo de diversos espectáculos, con diversos resultados: con este teatro otro (sigue sin gustarme lo de llamarle "alternativo": no debería ser la alternativa lo convencional y la prioridad lo experimental en un teatro inquieto que ser reconstruye día adía) con el que demostró que en todas partes hay un público para lo no convencional y que la calidad es el primer peldaño para el éxito, independientemente de gustos, preferencias y fobias.

Isla Reunión mostró con calidad un teatro esencialmente visual que por ahora aún no había sido mostrado sobre el escenario del Salón Teatro por la compañía institucional. Se trata de un espectáculo que voluntariamente deconstruye el argumento y que se mantiene lejos de la concepción tradicional del relato. *Isla Reunión* busca transmitir sensaciones fundamentadas esencialmente en la plástica y en la potencia de unas imágenes que tratan de ultrapasar las fronteras del propio teatro, tanto desde el punto de vista "físico" como desde el punto de vista "artístico". Físico, porque el espacio escénico parece pequeño ante un espectáculo que quiere hacer del teatro entero su espacio de representación, haciéndonos dudar de donde empieza el espectáculo y donde la vivencia real de actores y espectadores, cuestión que se ve intensificada con el tiempo, un tiempo que sobrepasa los límites del propio espectáculo, un tiempo que parece haber comenzado, con el telón entreabierto, cuando nos sentamos en la butaca. Desde el punto de vista artístico, *Isla Reunión* también rompe las fronteras del teatro porque en las diferentes secuencias que se van sucediendo sobre el escenario (y ante él, y detrás, y encima, etc…) acudimos a escenas dramáticas, pero también a solos de danza (un par de ellos excepcionales, no sólo por la capacidad de los bailarines, sino por el efecto estético de la luz en movimiento) y a auténticos cuadros que podrían ser perfectamente la antesala de una pintura, de una fotografía, de un cómic, incluso.

Por eso los actores no son tal, sino que son también bailarines, músicos y ellos mismos, ciudadanos, rompiendo con la distinción entre actor y personaje, y dando un paso adelante en la ruptura de la cuarta pared. Son polifacéticas estas gentes en escena que reinventan en todos los casos sus oficios: los actores tienen que ser bailarines; los

músicos, actores, y los bailarines, intérpretes de personajes que a veces no se sabe si bailan o hablan, al tiempo que tocan instrumentos porque todo aquello que emita sonido es susceptible de ser convertido en música. Sorprende un Xan Cejudo que muestra que también es integrable en el teatro diverso de Ana Vallés; y no defraudan, sin duda, aquellos que ya nos han acostumbrado a trabajos de este tipo, como Roberto Leal o Sergio Zearreta. Me quedo con el solo de danza sobre percusión y aparato luminoso en movimiento de Matxalen Bilbao. E insisto. Como ya he hecho después de ver *Jean Paul*, en que Borja Fernández es un valor en alza en nuestro teatro, así como Marta Pazos, la actriz que coprotagonizaba con él *Sidecar*. Imposible describir el trabajo de todos en tan breve espacio.

La presencia de los músicos en escena es, como ya ocurrió en *Historia Natural*, un acierto del espectáculo que contribuye a crear ritmo, aunque en esta ocasión el ritmo se ve intensificado por la alternancia de formas escénicas y, ¿por qué no?, por la alternancia de emociones verificables en el espectador. Esta alternancia (otro factor esencial para entender el valor del espectáculo) no siempre tiene que ver con un cambio escénico, musical o de actores, sino que se integra en la continuidad, como demuestra otro de los grandes momentos de *Isla Reunión*, esa *Marcha do Antigo Reino de Galicia* que de himno nupcial pasa a ser música procesional o funeral, en una reinterpretación muy propia de Vallés de elementos investigados por Kantor o, en el contexto peninsular, por la compañía La Zaranda.

Están por detrás de todo ello las reflexiones a las que ya nos ha acostumbrado la directora: la soledad, la condición real y ficcional del actor, la aventura vital y, muchas veces, el teatro por el teatro, rozando lo absurdo, experimentando y reformulando tópicos artísticos y escénicos que (esta vez sí) aportan reflexiones y constituyen pasos adelante en su propia trayectoria estética: pensamos, por ejemplo, en el recurso al desnudo en escena y en el uso absoluto de TODO el teatro como espacio físico, incluyendo las cajas, los bordes del escenario y el telón, mezclando los géneros, demostrando que teatro es todo aquello que se quiera (o se pueda) teatralizar. Muchas veces, la fórmula para acercarse a estas cuestiones es el profundo lirismo, el monólogo o el diálogo con toques trágicos y, muy a menudo, también, una ironía deliciosa que le da a *Isla Reunión* toques de comedia. Con esos toques, y también con el sentido trágico que subyace en buena parte de la obra, es como se consigue la empatía con el espectador. Un espectador que parece una marioneta en manos del espectáculo, que a veces es víctima de un distanciamiento brechtiano casi aterrador y que otras veces, a través de imágenes plásticas, experimenta la más profunda de las catarsis, esa que produce el placer inexplicable del arte.

Isla reunión, ya desde el propio título, juega al equívoco, porque el teatro es el lenguaje del equívoco en el que no se sabe donde acaba la realidad y donde comienza la representación que se construye a si misma; a veces incluso parece improvisarse lo que es fruto de un constante trabajo de indagación artística. Probablemente para Ana Vallés, como para aquellos que son prisioneros de la atracción insalvable de las artes escénicas, la vida sea también un poco así, y por eso las pasiones, los miedos y los pensamientos también oscilan en los límites desdibujados del equívoco, como en este espectáculo de islas solitarias que se reúnen para crear, simplemente, arte, imagen y emociones sin sistema. Esa es, quizás, la receta de la libertad creativa.

Galicia Hoxe
ÚNICO DIARIO EN GALEGO

Traducción

A Contrabutaca
Olores de vainilla
Xosé Lueiro
Galicia Hoxe, (vienres, 3 de marzo de 2006)

Isla reunión es un viaje lleno de bellos contrastes. Alterna lo melancólico y lo festivo con poco o ninguna sutileza. Es una caminata hacia alguna parte. Fresca, misteriosa y natural como la vida misma. Una invitación para los sentidos.

No se confundan. A pesar de figurar como montaje institucional, *Isla Reunión* es en realidad una nueva creación de la factoría Matarile. Las señas de identidad son inequívocas. El Centro Dramático Galego vuelve, como en sus inicios, a dar continuidad al trabajo de un colectivo de profesionales que llega avalado por una trayectoria en común y por el éxito de montajes anteriores.

Llevar una propuesta Matarile al dominio público resulta cuando menos una muestra de audacia elogiable, sobre todo si tenemos en cuenta que sus claves escénicas no resultan especialmente fáciles de decodificar para un público como el nuestro tan ajeno al abstractismo y a los niveles de estrañamiento que produce esta estética teatral. Contrariamente a ello, *Isla Reunión* es un montaje perfecto para marcar un trazo en el suelo y orientar el rumbo histórico de la institución hacia nuevas singladuras: dar entrada al talento femenino, apostar por la interculturalidad, difundir la creación teatral más contemporánea…. Son muchas las premisas que dan sentido y pertinencia a la decisión de Ánxeles Cuña.

¿Qué decir del montaje? Como en un juego de paralelismo consciente, la travesía que físicamente afronta el CDG con esta primera producción se implementará en el apartado artístico con un viaje mítico que los actores emprenden sin brújula de ningún tipo. Unidos por un espacio común, siguiendo el flujo que emana de una fuerza telúrica y ancestral, los viajeros dejan atrás lo conocido buscando un nuevo estatus que les permita hacer realidad las excentricidades soñadas. Una isla perdida en el Índico. Un volcán de olor a vainilla. En este contexto de mágico atavismo, tampoco tiene por que haber un motivo para lanzarse a la aventura de explorar la propia identidad. Patetismo, euforia, melancolía. La bipolaridad de los comportamientos alterna exaltación y abatimiento. En mitad del gris aparece el desafío del verde limón. Los actores quedan desnudos en una ambigua ceremonia que despierta en el espectador más preguntas que respuestas. ¿Qué es verdad? ¿Estamos aquí y ahora? ¿Qué nos lleva o nos trae hacia algún sitio? La búsqueda del movimiento, del viaje en el que el hombre se identifica con parte de su propia naturaleza y, pese a todo, una forma de encontrar verdades, de conocerse a través del entorno natural. “Se va la primavera, lloran las aves, son lágrimas los ojos de los peces”, que diría aquel poeta zen.

Ana Vallés lo vacía todo hasta dejar a la vista del público la corteza de las cosas. Una vez que los actores quedan relegados a algo carente de significación pueden llegar a

convertirse en simples objetos manipulados por un ventrílocuo llamado tiempo, azar o muerte. Un proceso catártico en el que el actor atraviesa por distintas fases (novia-viaje-muerta-marioneta) y estados interpretables que el resto del elenco contempla transformado por momentos en un espectador más.

Como acostumbra a suceder en el teatro de Vallés, la capacidad rectora de la textualidad queda en duda. Enmarcada dentro de pequeñas secuencias monologadas, la palabra está llevada a sus últimos topes de sugerencia. El diálogo en cambio es el lenguaje de los cuerpos. Un lenguaje polisémico, metafórico y preciosista a un tiempo. Una interacción de ritmos que visitan la escena para ordenar y unificar el discurso escénico aplastando con impresiones, sensaciones y turbaciones el patio de butacas.

El espacio, en sintonía con la temática de la pieza evoca un marco paisajístico que interrelaciona al hombre con la naturaleza. Señala un lugar de encuentro, una cruz trazada en un mapa c; al mismo tiempo delimita también el punto de reunión del público con los actores y de los actores consigo mismos.

Unas gradas (consciencia metateatral), césped, espacios interiores que limitan el contorno natural… Subyace claramente la idea de buscar un ámbito para un paisaje diferente.
En consonancia con ello, la luz, uno de los grandes atractivos del espectáculo , tiene una presencia muy marcada. Matiza, junto con la música, las pulsiones emocionales de los viajeros. Luz dentro de la luz, luz como melancolía, fiesta o soledad. Su influjo acaba convirtiéndolo todo en un acontecimiento.

La modernidad se introduce de lleno en el CDG. Con la calidad y con la herencia de una propuesta en la que después de todo nada parece estar claro, con la construcción de un mundo que se presenta como un ente abstracto cuya compleja fragmentación y poeticidad dificulta la comprensión de su significado.

Supongo que uno debe ser lo suficientemente inteligente para entender que hay algo que no puede ni quiere ser debidamente entendido. Llegar a la verdad de las cosas intentando entenderlas no resulta nada fácil a veces. Algo así debió pensar Oscar Wilde cuando afirmó que la belleza es muy superior al genio. Tanto que no necesita explicaciones.

Galicia Hoxe
ÚNICO DIARIO EN GALEGO

Traducción

Fiesta de los sentidos

Lupe Gómez
Galicia Hoxe, (viernes 10 de marzo de 2006)

El CDG se abre a la sociedad porque el teatro no debe estar dormido.
Isla Reunión, la última obra del Centro Dramático Galego, dirigida por Ana Vallés es un magnífico ejercicio. Una lúcida mirada sobre el mundo, sobre la vida, sobre la muerte. Una fiesta hermosísima.

También es un viaje a una isla que está dentro de nosotros. Un lugar onírico, en el que los personajes quieren ser personas. Y quieren bailar, para que la vida entre en el teatro. El escenario se convierte en un encuentro con el público, un éxtasis de emociones y alegrías. Es como esperar por el tren.

La música nos va llevando, y va haciendo que soportemos la realidad. Asistir a este espectáculo es como sentir que estamos pintando un cuadro. Con nuestras manos desvalidas y fuertes. El trabajo de iluminación hace que entremos en una atmósfera vital, diferente, íntima, mágica, alegre. Como alegres son los actores y actrices que dan de si mismos todo lo mejor que tienen. Y se exponen desnudos, en silencio.

O hacen con las palabras verdaderos manifiestos de poesía y libertad. La obra avanza de forma fragmentaria, desigual, como el puzzle de una niña inteligente.

Es teatro atrevido, valiente. Muy actual, pero con la frescura de las fuentes. Siendo muy personal, se abre a todos. Sorprende con su fuerza imaginativa, con los lugares que crea. Parecen lugares visitados por vez primera, creados desde la nada. Es una maravillosa sensación de abismo.

El CDG, con esta apuesta, se abre a la sociedad. Porque el teatro no debe estar dormido siempre, debe despertar. *Isla Reunión* es una fiesta de los sentidos, un experimento, una explosión.

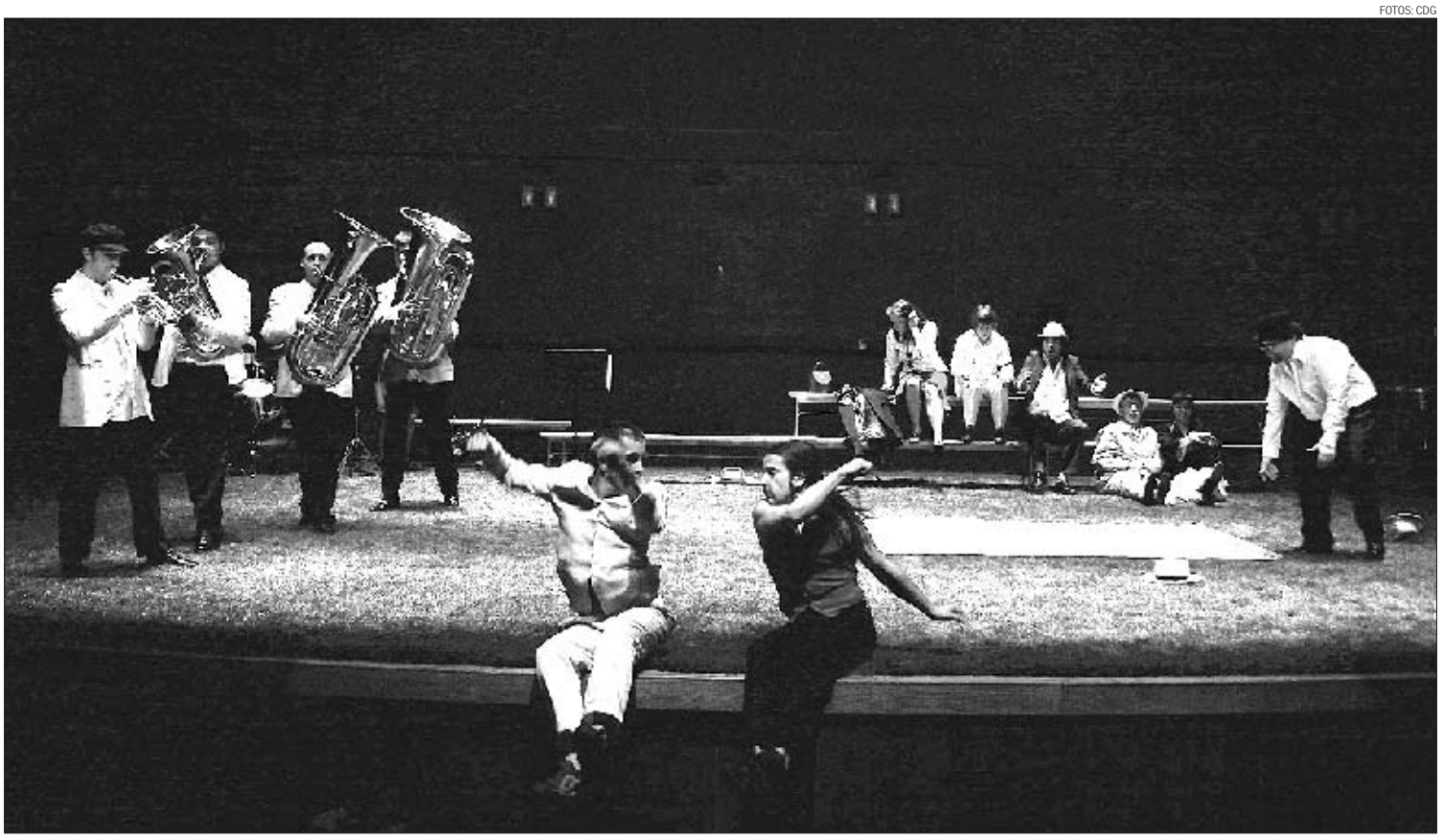
ILLA REUNIÓN É UNHA VIAXE CHEA DE BELOS CONTRASTES. ALTERNA O MELANCÓLICO E O FESTIVO CON POUCA OU NINGUNHA SUTILEZA. É UNHA CAMIÑADA CARA ALGURES. FRESCA, MISTERIOSA E NATURAL COMO A VIDA MESMA. UN CONVITE PARA OS SENTIDOS

ARRECENDOS DE VAINILLA

:: A contrabutaca

Xosé Lueiro · A Estrada

FOTOS: CDG



Unha das escenas de 'Illa Reunión', onde se aprecia toda a vivacidade e dinamismo desta proposta do Centro Dramático Galego

Non se confundan. Malia figurar coma montaxe institucional, Illa Reunión é en realidade unha nova creación da factoría Matarile. Os sinais de identidade son inequívocos. O Centro Dramático Galego volve coma nos seus inicios a darlle continuidade ao traballo dun colectivo de profesionais que chega avalado por unha traxectoria en común e polo éxito de montaxes anteriores.

Levar unha proposta Matarile ao dominio público resulta cando menos unha mostra de audacia enxalzable, sobre todo se temos en conta que as súas claves escénicas non resultan especialmente doadas de decodificar para un público como o noso tan alleo ao abstractismo e aos niveis de estrañamento que produce esta estética teatral. Contrariamente a isto, Illa Reunión é a montaxe perfecta para marcar un risco no chan e orientar o rumbo histórico da institución cara a novas singraduras: Dar entrada ao talento feminino, apostar pola interculturalidade, difundir a creación teatral máis contemporánea… Son moitas as premisas que lle dan sentido e pertinencia á decisión de Ánxeles Cuña.

¿Que dicir da montaxe? Coma nun xogo de paralelismo consciente, a travesía que fisicamente afronta o CDG con esta primeira produción impleméntase no apartado artístico cunha viaxe mítica que os actores emprenden sen brúxula de ningún tipo. Unidos por un espazo común, seguindo o fluxo que emana dunha forza telúrica e ancestral, os viaxeiros deixan atrás o coñecido buscando un novo estatus que lles permita facer realidade as excentricidades soñadas. Unha illa perdida no Índico. Un volcán de arrecendo a vainilla. Neste contexto de máxico atavismo, tampouco ten por que haber un motivo para lanzarse á aventura de explorar a propia identidade. Patetismo, euforia, melancolía. A bipolaridade dos comportamentos alterna exaltación e abatemento. No medio do gris aparece o desafío do verde limón. Os actores quedan ao espido nunha ambigua cerimonia que esperta no espectador máis preguntas que respostas. ¿Que é verdade? ¿Estamos aquí e agora? ¿Que nos leva ou nos trae cara a algún sitio? A busca do movemento, da viaxe na que o home se identifica con parte da súa propia natureza é malia todo unha forma de atopar verdades, de coñecerse a través do contorno natural. "Vaise a primavera, choran as aves, son bágoas os ollos dos peixes" que diría aquel poeta Zen.

Un dos espectáculos de danza incluídos na obra

Ana Vallés baléirao todo ata deixar á vista do público a corteza das cousas. Unha vez que os actores quedan relegados a algo carente de significación poden chegar a converterse en simples obxectos manipulados por un ventrílocuo chamado tempo, azar ou morte. Un proceso catártico no que o actor atravesa por distintas fases (noiva-virxe-morta-marioneta) e estados interpretables que o resto do elenco contempla transformado por momentos nun espectador máis.

Como adoita suceder no teatro de Vallés, a capacidade reitora da textualidade queda en dúbida. Enmarcada dentro de pequenas secuencias monologadas, a palabra está levada aos seus últimos topes de suxerencia. O diálogo en cambio é a linguaxe dos corpos. Unha linguaxe polisémica, metafórica e preciosista a un tempo. Unha interacción de ritmos que visitan a escena para ordenar e unificar o discurso escénico abafando de impresións, sensacións e turbacións o patio de butacas.

O espazo, en sintonía coa temática da peza evoca un marco paisaxístico que interrelaciona o home coa natureza. Sinala un lugar de encontro, unha cruz riscada nun mapa e; ao tempo delimita tamén o punto de reunión do público cos actores e dos actores consigo mesmo.

Unhas bancadas (consciencia metateatral), céspede, espazos interiores que acoutan o contorno natural… Subxace claramente a idea de buscar un ámbito para unha paisaxe diferente.

En consonancia con isto, a luz, un dos grandes atractivos do espectáculo, ten unha presenza moi marcada. Matiza xuntamente coa música as pulsións emocionais dos viaxeiros. Luz dentro da luz, luz como melancolía, festa ou soidade. O seu influxo remata por convertelo todo nun acontecemento.

A modernidade introdúcese de cheo no CDG. Coa calidade e coherencia dunha proposta na que despois de todo nada semella estar claro, coa construcción dun mundo que se presenta como un ente abstracto cuxa complexa fragmentación e poeticidade dificulta a comprensión do seu significado.

Supoño que un debe ser o suficientemente intelixente para entender que hai algo que non pode nin quere ser debidamente entendido. Chegar á verdade das cousas tentando entendelas non resulta nada doado ás veces. Algo así debeu pensar Oscar Wilde cando afirmou que a beleza é moi superior ao xenio. Tanto que non precisa de explicacións. ●

Obra: Illa Reunión
Compañía: Centro Dramático Galego
Creación e dirección: Ana Vallés
Elenco: Daniel Abreu, Helen Bertels, Matxalen Bilbao, Xoán Cejudo, Antón Coucheiro, Borja Fernández, Roberto Leal, Marta Pazos, Emma Silva, Sergio Zearreta
Cualificación: ***
●Mala *Regular **Interesante ***Notable ****Excelente

ELENCO

Creación e dirección: Ana Vallés
Axudante de dirección: Marina Wainer
Actores, bailaríns e músicos: Daniel Abreu, Helen Bertels, Matxalen Bilbao, Xoán Cejudo, Antón Coucheiro, Borja Fernández, Roberto Leal, Marta Pazos, Emma Silva, Sergio Zearreta, Pablo Dopazo, Manuel O. Paino, Hugo Portas, Pablo Santaclara.
Deseño de iluminación e espazo escénico: Baltasar Patiño
Vestiario: Marina Wainer-Ana Vallés
Arranxos musicais: Luís Soto
Selección e produción musical: Baltasar Patiño

Galicia Hoxe
ÚNICO DIARIO EN GALEGO

Traducción

Vitalismo desesperado

Maré.
Galicia Hoxe, (2 de marzo de 2006)

El Centro Dramático Galego inicia mañana su "ruptura estética" con respecto a la anterior dirección con el estreno de la obra *Isla Reunión*, en la que Ana Vallés busca nuevos públicos.

El Salón Teatro pone el escenario de una propuesta rupturista y no convencional hacia un espacio simbólico.

La puesta de largo de la nueva andadura del Centro Dramático Galego (CDG) bajo el timón de Ánxeles Cuña, se inicia mañana con el estreno en el Salón Teatro de Compostela de la obra *Isla Reunión* dirigida por Ana Vallés.

Guiada por la filosofía diseñada por Cuña Bóveda el pasado enero en la presentación de la programación del CDG, dependiente del Instituto Galego das Artes Escénicas e Musicais (Igaem), esta obra "rupturista" navegará a partir de mañana a la "conquista de ciudadanos" que hasta ahora se habían alejado de la escena teatral. A la búsqueda de nuevos públicos y de la "fidelización" de los espectadores habituales, Ánxeles Cuña anunció que el equipo de gestión, que funciona desde hace cuatro meses, se propuso acabar con la situación anterior del CDG que, a su parecer, programaba "de espaldas a la realidad".

Desde el día 2 del pasado mes de enero, Ana Vallés ensaya la obra *Isla Reunión*, una representación que Cuña calificó de "no convencional", con el fin de poner de relieve la "ruptura estética", un cambio de rumbo con respecto a las ideas de la anterior dirección del CDG.

La directora de la obra, Ana Vallés, llevará a escena una simbiosis "sin delimitación" de danza, música y teatro, en la línea de Matarile Teatro que en esta ocasión se verá reforzada por cuatro músicos, un "gran privilegio" que le permitirá transmitir "mucho vitalismo" gracias a la colaboración de Marta Pazos, Borja Fernández o Xan Cejudo. *Isla Reunión*, que contará con 43 funciones, incluida la gira, propone un viaje metafórico a un "espacio utópico": "La *Isla Reunión* que inventamos para encontrarnos con nosotros mismos y con los demás", define Vallés. En esta línea, la puesta en escena mezcla, en palabras de la directora de Matarile, euforia y abatimiento que acaban siempre con un "vitalismo desesperado", explica. En la obra participan los actores que triunfaron con la exitosa *Historia natural*, entre ellos, Antón Coucheiro, Roberto Leal, Sergio Zearreta, Emma Silva, Helen Bertels, Matxalen Bilbao y Daniel Abreu".